

GRACIAS, NICOLAI

—Dime, Nicolai, ¿cómo es el mar? —Larisa no lo había visto nunca.

—¡Buf! Muy grande, inmenso, y muy azul. Cuando los rayos del sol se reflejan en él salen luces de mil colores. No es como cuando se refleja en la nieve —explicó Nicolai al otro lado de la línea del teléfono.

—¡Qué bonito! —Larisa había cerrado los ojos intentando imaginarlo—
Ojalá pueda verlo alguna vez.

—Lo harás. Te lo prometo. Sea como sea, yo te traigo a Tarragona para que lo veas.

Nicolai se despidió de su hermana hasta la próxima llamada de teléfono. Cada semana hablaban y él ponía al día de su vida a su familia y ellos le contaban cómo seguían las cosas en Yekaterinburg.

Pasó el tiempo. Un día, al levantarse, Nicolai se encontró mal, un brazo le pesaba y sentía una presión fuerte en el pecho. Todo terminó para él.

Larisa salió del tanatorio de aquella ciudad donde su hermano Nicolai había vivido casi diez años. Lo había identificado y, como le habían recomendado, autorizó a que lo incineraran para que el traslado a Rusia fuera más sencillo.

—¿Podemos ir a ver el mar? —preguntó al traductor que le habían asignado en la embajada.

—Sí, aún tenemos tiempo.

—Gracias.

Era como se lo había contado Nicolai. El agua estaba quieta, las olas eran suaves. El cielo estaba lleno de nubes esponjosas y grises. Entre ellas el sol a penas conseguía colar algunos rayos que caían sobre el agua haciéndola brillar aquí y allí con miles de colores. Larisa se acercó a la orilla, se agachó y escribió en la arena con el índice: “Gracias, Nicolai, el mar es precioso”.